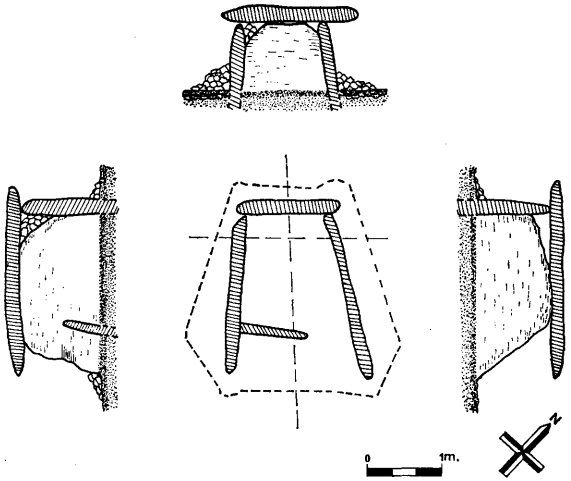
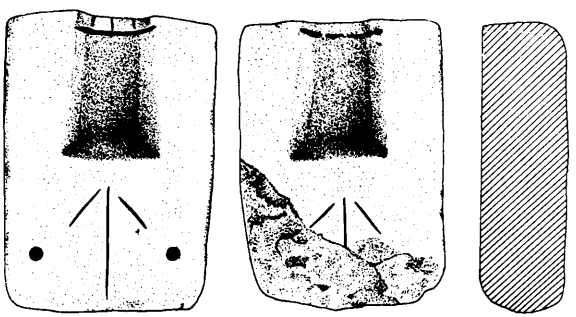
4. EL ENEOLITICO Y BRONCE ANTIGUO Y MEDIO

POR

TERESA ANDRES RUPEREZ



Dolmen de Rodellar.



Roquizal del Rullo (Fabara, Zaragoza). Molde bivalvo de piedra para la fundición de empuñaduras de espada.

La historiografía prehistórica conoce con estos nombres las etapas en que la Humanidad comienza a utilizar los metales —cobre y sus aleacciones—, con un criterio utilitario y económico que se va haciendo cada vez más claro según avanza en el tiempo y van siendo superadas las dificultades técnicas específicas de la metalurgia. El margen cronológico, general en todo el Occidente europeo para estas etapas, abarca desde el —2.500 al —1.200. Esta última fecha es un hito cronológico que simboliza importantes acontecimientos que tanto en lo político, como en lo económico, social y quizá en lo étnico, afectaron al Próximo Oriente y a Europa, como distintas facetas de un mismo fenómeno. Tales hechos, arqueológicamente detectables, justifican la separación que historiográficamente se establece entre el Bronce Inicial-Medio y el Final. La fecha inicial, —2.500, coincide con la aparición en Occidente de los primeros objetos de cobre, en un contexto neolítico, y está avalada por numerosas dataciones radiocarbónicas.

Entre ambas fechas tienen lugar cambios cuyo estudio es de gran trascendencia en la investigación prehistórica; de ellos, no son los menos importantes los que afectan a la esfera de lo tecnológico —como el desarrollo de la misma metalurgia—, pero son sobre todo los cambios económicos y sociales, estrechamente relacionados con los técnicos y ecológico-ambientales, los que hoy más nos interesan.

En lo económico es visible una creciente especialización que tiende a mejorar los medios de producción y subsistencia, con la posible consecución de excedentes en algunos casos, factores todos ellos que incidirían decisivamente en el auge del intercambio de productos y, con ello, en el incremento del contacto entre comunidades que parece ahora amplio y fluido. Hechos arqueológicos tan significativos como la eneolítica cerámica campaniforme, hacen patente la comunicación constante —aún lenta— de todo el centro y occidente europeos en estas fases, puesto que las semejanzas tipológicas de muchos elementos son también una característica de todas las fases de la Edad del Bronce.

Como una consecuencia —o una causa— de la evolución positiva en lo técnico-económico y cultural, podemos contemplar también un crecimiento de población, expresado en asentamientos y tumbas, y

salvando los peligros que acechan a la interpretación prehistórica de lo demográfico y social.

Los hechos hasta aquí mencionados son los susceptibles de una materialización arqueológica que nos permite hoy el intento de reconstruirlos, pero representan una mínima parte de la realidad prehistórica y de los cambios que afectarían a otras esferas de la vida humana, hoy imposibles de detectar.

En lo que respecta al territorio aragonés, no es necesario que encontremos pruebas directas de esos cambios y transformaciones para afirmar que tuvieron lugar; dado el carácter abierto de la mayor parte de la geografía aragonesa la hipótesis más razonable parece ser la de aceptar su inclusión en el esquema de comunicación y progreso del occidente europeo. Pero además, contamos con datos propios para afirmar el avance económico, y el aumento demográfico está más claramente expresado en el Calcolítico de Aragón que en la mayor parte de otras áreas culturalmente definidas.

En una síntesis, necesariamente breve, de tan interesante etapa, procuraremos señalar ciertos puntos que centren los problemas, ya que no su resolución, y también los cambios en el enfoque metodológico de los estudios y la interpretación, además de abordar la descripción somera de los más significativos datos.

4.1. Investigación: cambios y perspectivas

No es difícil señalar la raíz del cambio sustancial que la investigación de estas etapas prehistóricas ha experimentado en los últimos años: El gran aumento del número de investigadores capacitados, como de prospecciones sistemáticas, ha producido la lógica multiplicación de datos, tanto en sentido cuantitativo como cualitativo. El cúmulo de conocimientos y las posibilidades que vislumbramos en su investigación, son argumento suficiente para rechazar los esquemas que hasta hace poco delineaban la Prehistoria reciente de Aragón. Tal visión, en la línea de la tradición histórico-cultural, llenaba con perduraciones de culturas retardatarias las etapas de las que no conocía datos, en la obligación implícita de no dejar ningún vacío en el esquema cronológico-cultural al uso, que definía las «culturas arqueológicas» simplemente por los rasgos tipológicos de algunos objetos y explicaba cualquier cambio con la constante referencia a influencias foráneas.

Uno de los vacíos de información más llamativos coincidía precisamente con las etapas que nos ocupan, pues desde unos funcional y cronológicamente indefinidos «talleres de sílex» —que luego E. Vallespí sistematizó, apuntando el carácter que muchos tendrían de lugar de

habitación—, se pasaba a conocer una nutrida serie de poblados en lugares preeminentes, algunos fortificados, correspondientes ya al Bronce Final-Hierro I. El Eneolítico y el Bronce Inicial-Medio no aparecían o lo hacían, evasivos y emparedados entre dos llamativos fenómenos arqueológicos que, en términos de la Prehistoria Peninsular —tributaria mucho tiempo de las síntesis del maestro P. Bosch Gimpera—, eran la «Cultura de Almería» y las «migraciones de las Culturas de los Campos de Urnas Centroeuropeos». El espacio cronológico intermedio se rellenaba con perduraciones de formas de vidas periclitadas, con una «neolitización tardía» sobre todo, con un sobrevivir de esquemas económicos anteriores hasta que llegaban los renovadores europeos transpirenáicos e indoeuropeoparlantes.

Esta postura, que en su momento de principios de siglo estaba justificada por las posibilidades técnicas de las excavaciones y prospecciones arqueológicas y por las corrientes metodológicas dominantes, no puede sostenerse hoy, a pesar de que reaparece esporádicamente en la literatura prehistórica más actual. He mencionado el ejemplo de la «neolitización» por haber quedado sobradamente demostrada la adecuación de sus fechas en Aragón con las más antiguas del Occidente europeo —ver la síntesis del Neolítico por V. Baldellou—, pero lo mismo se podría decir de otras innovaciones y avances correspondientes a la etapas que ahora tratamos, como el conocimiento de la metalurgia, el incremento y la especialización en la producción de alimentos, o el constante progreso en la estabilidad de los grupos —proceso que culminará en el Bronce Final—; todo cuenta en Aragón con cronología equiparable a la de los esquemas que actualmente se mantienen para el ámbito general del Occidente europeo, y era inevitable que así fuese en un territorio como este, abierto a todos los caminos.

Aunque aún estemos lejos de poder construir la síntesis que defina la personalidad cultural y económica de cada una de las diversas zonas aragonesas, o los paralelos, influencias y relaciones entre ellas y otras áreas limítrofes, ni el carácter creativo o receptivo de los diferentes grupos a lo largo de los complejos procesos de la época, no debemos concluir que falte una determinada fase cultural —o que ésta aparezca con retraso—, en las áreas en las que aún no hayamos encontrado sus vestigios. Así, el inicio del Neolítico en las tierras de la cubeta central del Ebro es por ahora una incógnita, que no es lo mismo que afirmar una neolitización tardía; cuando en los somontanos oscense y bajoaragonés la presencia del Neolítico alcanza fechas tan tempranas, su ausencia, en la zona abierta y de frecuente y obligado paso del centro del Valle, debemos achacarla a problemas técnicos de prospección y conservación de los vestigios. Estos lugares, drásticamente erosionados y transformados por la mano del hombre, presentan el doble inconveniente de la fácil

eliminación de vestigios de estructura endeble o su enmascaramiento por la acumulación de aluviones y/o el continuo laboreo de las tierras. En zonas menos erosionadas del mismo valle del Ebro, en La Rioja y Alava, se han detectado con mayor frecuencia fondos de cabaña neolíticas y sepulturas.

El análisis de los fenómenos significativos, tanto desde el punto de vista cultural como arqueológico, que a continuación comentaremos sintéticamente, se resiente de la mencionada irregularidad en la intensidad zonal de las investigaciones.

4.2. Fenómeno dolménico

No corresponde exactamente a las etapas que tratamos; los dólmenes son construcciones funerarias propias del Neolítico, aunque excepcional y esporádicamente pudieran construirse también en épocas posteriores. En cualquier caso continuaron siendo utilizados como sepulturas durante el Calcolítico y algunos en etapas avanzadas del Bronce, como los de Cornudella (Arén).

Los dólmenes aragoneses suelen ser de tipo muy sencillo, con predominio de la planta rectangular y reducido tamaño; estas características —en contra de lo que habían pensado algunos investigadores—, no indican retraso cronológico ni cultural alguno, sino simple adaptación al medio montañoso en el que se ubican y al predominio de la vertiente pastoril en la economía que se supone, factores éstos que determinan grupos humanos más reducidos y móviles que los que son capaces de soportar las zonas llanas y de baja altitud, donde aparecen los dólmenes de gran tamaño.

Nuestros dólmenes siguen ceñidos en su situación al Pirineo y Prepirineo oscenses, sin que los indicios a veces apuntados en otras áreas aragonesas, hayan dado por ahora fruto real alguno. Se localizan en lugares preeminentes o en valles y zonas de tradicionales pastos o rutas pastoriles.

4.3. Metalurgia

El carácter de técnica confiere cierta ubicuidad en el tiempo a esta manifestación de singular importancia en la economía prehistórica y su índole la hace no estrictamente dependiente de los mismos factores que condicionan la situación de otros vestigios; frecuentemente ha sido estudiada como desgajada de su contexto cultural, pues su conocimiento hasta hace muy poco se ha basado casi exclusivamente en hallazgos sueltos de objetos metálicos.

De éstos tenemos en Aragón una colección no muy numerosa

(hachas, puntas de flecha, punzones...), que tipológicamente corresponden a los inicios de la metalurgia del cobre, primero, y luego del bronce. Al desconocer el contexto arqueológico de la mayoría (es muy difícil encontrar piezas metálicas en la excavación de un poblado, pues el metal era constantemente reciclado durante su uso), poco o nada se puede decir sobre las actividades metalúrgicas de estas etapas iniciales ni sobre la incidencia económica —nunca excesiva— del hecho. A la vista de los hallazgos y su tipología, lo que si podemos afirmar es la circulación de objetos metálicos por el territorio hoy aragonés, desde los comienzos de la metalurgia, en el Calcolítico. Ya para la Edad del Bronce, desde sus inicios, se va incrementando nuestro conocimiento de crisoles y moldes de fundición, hallados en poblados como El Cabezo del Cuervo (Alcañiz), El Castillo (Frías de Albarracín), La Hoya Quemada (Mora de Rubielos) o Moncín (Borja), que nos certifican la actividad metalúrgica de estas gentes con mucha mayor seguridad que el hallazgo de los propios objetos de metal.

4.4. El eneolítico o calcolítico

Este periodo conoce manifestaciones tan llamativas para la investigación como la metalurgia, ya comentada, o la cerámica campaniforme, pero en un sentido más general se podría intentar su descripción a partir de otros datos más complejos y comprensivos de los rasgos culturales, como son las tumbas y los asentamientos.

Sepulcros. Además de la reutilización funeraria de los dólmenes y de la práctica de enterramientos en algunas cuevas, tenemos ahora otros tipos de tumbas de mucho interés por sus posibilidades de cara a la interpretación histórica y por los datos antropológicos que aportan. Son las tumbas colectivas de carácter simultáneo, rasgo que debe ser destacado como el más significativo y distintivo respecto a otras tumbas —también de utilización colectiva—, como los mismos dólmenes. El enterramiento simultáneo de un crecido número de individuos en una misma tumba —hecho que se repite en varios lugares de Aragón—, nos puede sugerir con mayor fuerza que ningún otro dato arqueológico, la deducción de un notable aumento demográfico en esta época, bien por crecimiento autóctono de las poblaciones, bien por aportes foráneos aunque procedentes de los entornos más próximos. Tal aumento, si lo hubo, debió chocar con lo limitado de los medios de subsistencia —siempre en difícil equilibrio con la demografía en cualquier época prehistórica—, y originar conflictos por la posesión de algunos territorios, provocando enfrentamientos bélicos entre grupos reducidos, fruto de los cuales podían ser estas tumbas que, además, encierran un elemento tan evocador de estas lides y tan característico del Calcolítico como son las puntas de flecha de sílex.

La confirmación de esta hipótesis tropieza con el problema de que muchos de los datos en que la apoyamos han desaparecido totalmente y sólo los conocemos por antiguas referencias escritas, pero aun encontrándose en este caso, los ejemplos de La Cartuja de las Fuentes, de Sariñena, El Cañaret de Pallisetes y San Antonio, en Calaceite, y otros en la Sierra de Alcubierre y Albalate del Arzobispo, parecen suficientemente explícitos.

Asentamientos. Presentan tanta variedad y falta de concreción como las tumbas. En algunos lugares continúa la habitación en cuevas y abrigos, pero debió ser muy abundante la vivienda al aire libre. Esta sería probablemente de tipo estacional, consistente en pequeños grupos de cabañas construidos con material perecedero y que hemos llegado a conocer prácticamente destruidos por la erosión. Se pueden mencionar entre estos poblados el oscense de Piracés o el tierrabajino de El Cortado de Baselga o muchos de los antes denominados «talleres de silex» a los que hoy preferimos llamar yacimientos o asentamientos superficiales.

Al señalar que estos vestigios de asentamientos parecen concentrarse en las áreas de somontano, hay que aludir de nuevo a los problemas de prospección y erosión que han borrado sus huellas de otras zonas. Nuestra visión de la distribución poblacional del calcolítico sería incorrecta si no tuviera en cuenta este hecho. Igualmente, el aumento de población que esta abundancia de asentamientos sugiere, aun estando también apoyado por los datos funerarios, podría deberse a un espejismo inducido por la movilidad de los grupos, que aun siendo productores de su sustento, no estaban todavía en posesión de las técnicas de explotación del suelo que permitieran una estabilidad total, ni necesitaban de ellas, pues el incremento de la extensión de cultivos y pastos era posible y exigía menor esfuerzo de organización social.

El Calcolítico señala el comienzo de la ocupación en poblados, cada vez más estables, y en el Bajo Aragón el abandono de la vivienda —también estacional—, en abrigos rocosos, algunos ocupados desde el Mesolítico, que ahora serán empleados como sepulturas en más de una ocasión.

Ante las variadas formas de habitat que el Calcolítico —y también el Bronce— ofrecen, no debemos concluir que tengan una relación inequívoca con determinadas vertientes económicas. No debemos pensar que los que vivían en cuevas eran depredadores o, a lo sumo, pastores y los habitantes de poblados del llano agricultores; para estas etapas se comprueba siempre el carácter mixto de las fuentes de suministro alimentario, en un aprovechamiento íntegro de todas las posibilidades. Tanto en cueva como en poblado (ya en la Edad del Bronce), la dieta se componía de vegetales cultivados y recolectados, y de animales domésticos y de caza. La especialización ganadera o agricultora es un

fenómeno mucho más evolucionado y que implica más complejas relaciones entre los grupos humanos. Igualmente maniquea y desacertada es la visión de unos pastores nómadas y unos agricultores estables, como hemos visto, tampoco la estabilidad es un logro que acompañe irremisiblemente a la neolitización.

La cerámica campaniforme. Esta variedad cerámica es propia del Calcolítico y ha sido con frecuencia estudiada como fenómeno aislado de su contexto. Hoy está fuera de lugar hacerlo así, puesto que la complejidad de su significado excede el sentido de «fósil guía» que antes se le atribuía, con un interés centrado únicamente en la cronología y en la demostración de hipótesis difusionistas. Sin embargo, por tradición y por su importancia intrínseca, merece una mención expresa.

En Aragón conocemos bastantes ejemplares de cerámica campaniforme que corresponden a diversos tipos de formas y técnicas decorativas, alcanzando una relativa amplitud cronológica en su utilización, desde inicios del Calcolítico hasta su final e inicio de la Edad del Bronce, hacia 1700. Ha aparecido en yacimientos funerarios, como la cueva de Torrijo de la Cañada, pero sobre todo en lugares de habitación, tanto en cueva (Olvena, Belchite, Borja, como en poblados (Piracés, Borja).

4.5. La edad del bronce

No hace mucho era insospechada la riqueza de vestigios que las primeras fases de esta etapa prehistórica presentan en Aragón. Al contrario que para el Calcolítico, conocemos más poblados que tumbas, pues los indicios que de éstas tenemos son de cronología discutible, como los enterramientos de las cuevas de Olvena (Huesca), y Albalate del Arzobispo y Molinos (Teruel); no hay que olvidar la posible reutilización de algunos dólmenes (Cornudella, Arén) y la aparición de algún enterramiento en el interior de poblados, como Moncín (Borja), hecho nada anómalo en esta época en otras zonas peninsulares y europeas.

Aunque las tumbas, por su escasez, no nos ilustran demasiado sobre la estructura social, los asentamientos comienzan a hacerlo fructíferamente sobre la situación tecno-economía de la época. Independientemente de que continúen habitándose las cuevas —como la del Moro en Olvena, Las Baticambras en Molinos o Los Encantados en Belchite—, son notables los progresos en la estabilidad de los poblados y —como causa y efecto de lo anterior—, en las técnicas de producción de alimentos, haciéndose realidad la especialización agrícola y ganadera que antes mencionaba.

Esta sabia explotación de los recursos se conoce en la bibliografía prehistórica más actual como «revolución de los productos secundarios»,

refiriéndose, en el caso de los animales, al aprovechamiento no sólo de su carne sino de lo que podemos considerar productos derivados, como la leche (fabricación de quesos, etc.), y más significativamente, su fuerza de trabajo (arado, transporte...) Las investigaciones desarrolladas en La Hoya Quemada de Mora de Rubielos, El Castillo de Frías de Albarracín o Moncín de Borja, nos muestran la variedad de animales domésticos conocidos a los que se extraía su máximo rendimiento —algunos utilizados como ayuda en el trabajo—, mientras la caza seguía formando parte importante de la dieta alimenticia. En El Castillo de Frías, se explotaba un ganado permanente, compuesto por cerdo y vacuno, y otro trashumante de cabras y ovejas del que no se consumió ningún individuo menor de cuatro meses.

También en la agricultura se comprueban los avances; esos mismos yacimientos nos demuestran la explotación de varios tipos de cereales, en ocasiones alternando con leguminosas en una probable rotación de cultivos. Igualmente se atestigua la recolección de abundantes bellotas y otras frutas, y semillas silvestres como las quenopodiáceas.

El hallazgo de diversos materiales y su situación nos ilustra sobre variados aspectos de la vida cotidiana doméstica como el hilado, el tejido, el curtido de pieles, los sistemas de almacenamiento de víveres, la propia construcción de las viviendas y hasta ciertas peculiaridades culinarias. La producción cerámica es abundante y variada en tipología y función. Fácilmente se aprecia cuán diferente es este panorama del que hace pocos años contemplábamos de las etapas iniciales del Bronce en Aragón, aun cuando la investigación, en cierto sentido, apenas ha comenzado.

No se puede seguir sosteniendo la idea de retraso y perduración cultural ni mucho menos generalizarla al tan diverso territorio aragonés, pues en cada zona se daría la inevitable adaptación al medio con las consiguientes diferencias en el éxito de su explotación económica, que es otra fuente de diversidad para el registro arqueológico.

Las posibilidades que esta etapa abre a la investigación son enormes; nutridos núcleos de poblados, conocidos desde muy antiguo pero en los que aún no se ha desarrollado un estudio analítico serio, se reparten por la geografía aragonesa, entre ellos las zonas del Bajo Aragón y el sur de Huesca. Pero también en otras áreas donde no se sospechaba su existencia están surgiendo al compás de las prospecciones sistemáticas. El determinar su exacta cronología, las razones que en cada zona impulsaron a la sedentarización, la transición desde los asentamientos, «estacionales» eneolíticos y hacia los poblados —más abundantes, mayores y más estables— del Bronce Final, son algunas de las exigencias de la futura tarea investigadora.

BIBLIOGRAFIA

Además de las obras generales sobre prehistoria aragonesa (Cartas Arqueológicas, Atlas, etc.) para la descripción de algunos yacimientos y problemas significativos del Eneolítico y Edad del Bronce, pueden consultarse las siguientes:

ANDRES (1979): Ritos funerarios de la cuenca Media del Ebro: Neolítico y Eneolítico, *Berceo 97.*

ANDRES, Teresa (1977): El Poblamiento del Neo y Eneolítico en la Cuenca Media del Ebro en relación con los yacimientos funerarios, *Estudios III,* Zaragoza, pp. 33-49.

ANDRES, Teresa (1980): El Calcolítico oscense, *Segundas Jornadas...*, pp. 173-177.

ATRIAN, Purificación (1974): Un yacimiento del Bronce en Frías de Albarracín, *Teruel 52*, pp. 7-32.

BALDELLOU, V.; UTRILLA, P. (1985): Nuevas dataciones de radiocarbono de la Prehistoria oscense, *Trabajos de Prehistoria 42,* pp. 83 y ss. (Cueva de Olvena).

BARANDIARAN, Ignacio (1971): Cueva de los Encantados (Belchite, Zaragoza), *Noticiario Arqueológico Hispánico XVI*, pp. 19-71.

BURILLO, Francisco *et alii* (1983): *La Hoya Quemada de Mora de Rubielos (Metodología para una excavación etnográfica y ecológica)* (S. A. E. T.), Teruel.

BURILLO, Francisco; PICAZO, Jesús *et alii* (1986): *El poblado del Bronce Medio de la Hoya Quemada (Mora de Rubielos, Teruel)* (S. A. E. T.), Teruel.

HARRISON, R.; MORENO, G.; LEGGE, A. (en prensa): *Moncín, poblado prehistórico de la Edad del Bronce.*

HARRISON, Richard (1984): Nuevas bases para el estudio de la Paleoeconomía de la Edad del Bronce en el Norte de España, *Scripta Praehistorica Francisco Jordá Oblata*, Salamanca. (poblado de Moncín).

MORENO LOPEZ, Gloria (1971-72): Cerámica campaniforme en la Cuenca Alta y Media del Ebro y provincias adyacentes, *Caesaraugusta 35-36*, pp. 29-52.

PEREZ-ARRONDO, Carlos; LOPEZ DE CALLE, Carlos (1986): *Aportaciones al estudio de las culturas eneolíticas en el Valle del Ebro II. Los orígenes de la metalurgia* (Instituto de Estudios Riojanos), Logroño.

VALLESPI, Enrique (1959): Bases arqueológicas para el estudio de los Talleres de Sílex del Bajo Aragón, *Caesaraugusta 13-14*, pp. 7-20.